

# **RECUERDOS CON HISTORIA, 166**

## **REPORTAJE DE WATERLOO**

**(2ª parte)**

### **LAS SUFRIDAS CANTINERAS**

**Por V. Navarro**

Un ejército de la antigüedad está atravesando a pie media Europa. Infantería y Caballería andan aspeados y cansados. Son miles de soldados que tienen de alimentarse, como pueden, sobre el lugar. Y no solo ellos. Detrás les sigue una larga hilera de carromatos con impedimenta y, aún detrás, toda una turbamulta de gentes variopintas, destacando chamarileros y vendedores de todo pelaje sin faltar las mujeres que pueden ser, o no, las esposas de algunos soldados, con sus míseras pertenencias, tratando de no perder línea y no quedar rezagadas y desorientadas.

Sin embargo, en esta ocasión no me referiré a un ejército de la antigüedad clásica. Intentaré presentar la segunda parte del reportaje que, hace un tiempo, hice en Bélgica sobre la representación de la impresionante batalla de Waterloo en conmemoración de su segundo centenario. Fue una representación habida justamente sobre la misma campaña en que se desarrolló hace dos siglos la verdadera contienda con la participación de miles de figurantes de Infantería y con el acompañamiento de Artillería y Caballería, incluidos servicios de Estado Mayor, Intendencia y Sanidad Militar, todos procedentes de diversos países.

Ofrecí, en el primer reportaje, la visión directa de las tiendas de campaña mientras iban siendo preparadas durante la jornada anterior al terrible encuentro. Como ya dije, todo fueron facilidades y amabilidad por parte de los organizadores y no lo fue menos cuando mi intención se basó en dejar constancia de unos personajes imprescindibles, francamente útiles, pero que no se suelen tener en cuenta la mayoría de las veces. Me estoy refiriendo a las “mujeres cantineras” si es que en aquellas calendas napoleónicas de 1815 ya se les llamaba así. Sobre el mismo campo de batalla oí personalmente, varias veces, la palabra “vivandière” y recordé que si bien ni Tito Livio ni Heródoto ni Julio César no hablaron nunca, obviamente, de las cantineras, al menos, apelando a la memoria, don

Benito Pérez Galdós sí comentó algo de ellas en alguno de sus Episodios Nacionales aunque creo que las llamaba “aguadoras”.

Como quiera que para poder ser participante activo del magno evento histórico todas las personas, individualmente o en grupos y asociaciones, tuvieron que demostrar con anterioridad la rigurosidad de sus uniformes y de sus equipos (caballos, carros, cañones, banderas...) cosa que el día señalado estaba garantizada, imagino que las mujeres cantineras, integradas en compañías y batallones, también se ciñeron a la rigurosidad histórica aunque tal vez, a comienzos del siglo XIX, aún no estaban autorizadas a vestir completamente de uniforme como sí se autorizó, dentro de un orden, años más tarde.

Así pues, con toda intención y cámara en ristre, me presenté en Waterloo sin paraguas fiándome en que no iba a llover según parte meteorológico televisivo del día anterior. ¿Resultado? Cinco veces llovió a chaparrón bendito entre el principio y el final del acontecimiento y, un servidor, como pez en pecera, hice lo que pude. Reconozco que las tropas participantes también quedaron “aguadas” y no digamos las cantineras que acabaron remojadas, empapadas y refunfuñando terminajos en sus respectivos idiomas de procedencia, ante la desfachatez y falta de tacto del temporal de la “météo-belge”. Naturalmente, y en otro orden de cosas, nadie preguntaba hace dos siglos, si todas las vivandières eran “plata de ley” porque todo el mundo sabía lo que se cocía.

En la reconstitución de la que fui directo y espantado observador, las descargas de las primeras líneas de los regimientos a pie y los zambombazos de las baterías hacían poner la piel de gallina. No obstante, las cantineras, hicieron bien su trabajo. Situadas entre las filas de soldados, casi ocultas, ayudaron a trasladar equipos, atendieron heridos, cargaron con material de curas, ofrecieron cuidados, intentaban levantar la moral, se dieron morrazos contra los charcos y todo ello entre el fragor de los cañonazos y el crepitar de la fusilería. Allí estaban, cubiertas de hierbajos, respirando, si podían, entre las enormes y espesas nubes de humo de la pólvora de las baterías francesas e inglesas y agachándose cuando una carga de caballería, a sable desnudo, pasaba peligrosamente a escasos centímetros de sus cuerpos y de sus pertenencias.

Las imágenes que presento son una buena prueba de todo lo que estoy contando debiendo reconocer que, al final y después de lo visto, aún me

atreví a preguntar a unas cantineras si pensaban participar a la próxima reconstitución.

-“¿A la próxima? ¡Naturalmente, monsieur! Y aún seremos más que ahora”.

Queda claro. Eran decididas y valientes.



Joven cantinera preparando el vivac junto a un veterano.



Cantinera y tropa, todos de pura pata negra, en el descanso previo a la batalla. ¿Sabían realmente lo que les esperaba? ¿Tenían conciencia, en la época, de lo brutal del encontronazo que les aguardaba?



A pie de combate. A la mayoría del público asistente no les tocaba la camisa a la piel ante lo que se avecinaba. Los bramidos y el estruendo de la batalla resultaron de espanto. Al acabar, todos hubiéramos firmado la resolución de los conflictos a base de diplomacia, nunca de guerras.



En esforzado servicio de “Santé Militaire”. Tal vez sin ellas y sus cuidados no hubieran quedado ni los rabos. A notar, en el oficial y la tropa, la uniformidad y sus colores de reglamento cuidados a la perfección.



Los aguaceros y sus problemas.



Pues suerte de las capas que, protegiendo poco, algo ayudaron.



Explícita imagen. *Vivandières* absolutamente descompuestas.



En un Regimiento inglés.



Final de la impresionante contienda. Algunas, con suerte, pudieron proteger sus vestimentas en zona protegida del campo de batalla. ¡Feliz regreso a casa *Mesdames*! Os habéis ganado el honor y el agradecimiento perpetuos. Ojalá, ni entonces ni nunca, no hubierais sido necesarias ni vosotras ni los soldados para solventar los problemas humanos.